

«Todo sube, señor presidente, pero, ¿por qué no sube también la remuneración del capital?». Esto es lo que un accionista ya anciano vino a preguntarle a don Antonio Barrera de Irimo, presidente de la Compañía Telefónica Nacional de España, cuando éste terminó su discurso y dio comienzo el turno de preguntas. Asistíamos a la Junta General de la Telefónica, celebrada en el Palacio de los Deportes de Madrid, y televisada en circuito cerrado para los accionistas de Barcelona y Bilbao, el pasado viernes, 26 de enero. El Pabellón de la Ciudad Deportiva del Real Madrid, donde en otros años había tenido lugar la Junta, no habría sido suficiente para acomodar a los quince mil accionistas que el otro día asistieron a ella. Estaban llenos los anfiteatros, con excepción de algunas filas en la parte superior, y no quedaba una silla libre de las que habían sido colocadas en la pista que se extiende en el centro del velódromo, la llamada «pelouse» de las competiciones de ciclismo. El Palacio de los Deportes había sido engalanado para la ocasión. No podía faltar el damasco rojo, que el capitalismo heredó, entre algunos otros distintivos, del boato del Ancien Regime, y así, el estrado de la presidencia, con su larga mesa reservada al Consejo de Administración, estaba recubierto de damasco rojo. Una moqueta también roja cubría completamente el amplio espacio central. En los balconillos de los anfiteatros y, también, espaciadamente extendidos sobre la pista del velódromo, como tratando de disimular el proletario color gris del hormigón, había grandes tapices de damasco con escudos bordados en plata y oro.

No quisiera improvisar aquí una sociología del accionariado de la Telefónica, cosa aventurada si se tiene en cuenta que, según datos que leyó el señor Barrera de Irimo, el número de accionistas de esta compañía pasa de los cuatrocientos cincuenta mil. Durante su discurso, el presidente dijo que en la Telefónica no existe el gran accionista que domina la empresa (salvo el Estado, que posee el 51 por 100), y el capital está muy dividido en pequeños «paquetes» en manos de modestos accionistas. No faltan algunos conocedores del mundo de la Bolsa que afirman que las acciones de la Telefónica tienen algo de lo que suele llamarse «papel de viuda», término éste de la jerga bolsística que se emplea para caracterizar valores tenidos como muy seguros y sólidos aunque de rentabilidad inferior a la de otras acciones cotizadas en Bolsa. Por mi parte puedo decir que, la otra mañana, en el Palacio de los Deportes, había una muy nutrida representación del pequeño y prudente accionariado cuyo prototipo sería la viuda a que alude la expresión. Creo no andar equivocado en mis cálculos diciendo que aproximadamente la mitad del público que asistió a la Junta estaba constituido por señoras, buen número de ellas con aspecto de cónyuge supérstite, cuyas motivaciones inversionistas, si no tenían que ver con el gracejo personal de José Luis López Vázquez, que todos los años a principios de temporada anuncia las «telefónicas» en la pequeña pantalla, son, sin duda, las perspectivas de seguridad de la compañía.

En su discurso, de cuyo contenido hago gracia al lector, que ha tenido ocasión de conocerlo a través de la prensa diaria, el señor Barrera de Irimo anunció que se mantendría el dividendo del 5 por 100 y ésto fue acogido con cierta perceptible falta de entusiasmo por parte de los presentes. Al terminar el discurso, un grupo de accionistas se colocó cerca del micrófono que estaba frente al estrado para hacer, por turno, pregun-

silla de pista

LA JUNTA DE LA TELEFONICA

tas al presidente. Tomaron la palabra en total unas ocho o diez personas. La posesión, aunque no fuera más que de una acción de la Telefónica, daba ya derecho a la asistencia a la Junta y a participar en este turno de preguntas en la medida en que el tiempo lo permitiera. Casi todos los que hablaron dijeron ser pequeños y modestos accionistas. Uno planteó así su pregunta: «Como accionistas deberíamos celebrar el aumento del precio del servicio telefónico aunque como usuarios nos preocupe» (Aplausos). «¿No le parece justo, señor presidente, que al igual que todo sube, suba también la remuneración del capital?». Otro dijo: «Yo soy un pequeño accionista, pero muy antiguo y fiel a la compañía. Pero, señor presidente, usted nos ha anunciado un dividendo del cinco por ciento. Por Dios, ¡con lo fácil que es hacer un aumento!». Esta frase fue muy aplaudida, pero lo fue mucho más la que dijo a continuación. «Señor presidente, en todas las empresas se están haciendo convenios colectivos para los empleados y obreros. Pero, ¿cuándo habrá un "convenio" para los accionistas de la Telefónica?». Un tercer interviniente afirmó que «los accionistas parecemos como un soldado en el cuartel» y añadió que estaba deseando que todos los empleados de la compañía fueran accionistas «para que no crean que somos ricos». El señor Barrera de Irimo contestó con tecnocrático lucimiento, siguiendo la línea de su discurso, a todas estas preguntas, poniendo de relieve, junto a la idea de la seguridad de la inversión y de las excelentes perspectivas de la compañía, gracias a la eficacia empresarial



y a las maravillas de la moderna técnica, la grave responsabilidad que la Telefónica tiene «de prestar servicio a España en esta hora del desarrollo». Y añadió que la compañía «no es un negocio acometido por un capitalismo deshumanizado». Dio muchas cifras y datos de los avances conseguidos en materia de mejora del servicio telefónico, de la paulatina desaparición de las demoras en las conferencias interurbanas, así como de los nuevos campos de actividad en las comunicaciones nacionales e internacionales.

Hubo un grupo de accionistas que, al tiempo que se lamentaba de la escasa rentabilidad ofrecida, quiso insistir en la elevación del precio del servicio telefónico y las dificultades que, a pesar de la versión optimista que de ello daba el presidente, plantea el hecho de telefonar en España. Refiriéndose a lo primero dijo uno: «El contador, señor presidente, se encarga de facturar y le aseguro que factura bien» (Aplausos). Otro contó un caso que le había ocurrido a él un día que se le averió el teléfono. Cansado de llamar a Averías, se presentó en la central de su distrito y pidió ver al jefe de Reclamaciones. «Ustedes no se imaginan, señor presidente y señores consejeros, la reacción del conserje al decirle esto. Yo creo que si voy a un policía y le digo que quiero ver al Caudillo, no se extraña tanto. ¿Cómo? ¿Quiere usted ver al jefe de Reclamaciones?», decía el conserje sin dar crédito a sus oídos. «Pero, ¿es posible?», repetía. El accionista contaba el caso y el asombro que su petición había producido, con gran lujo de detalles. Dice que le tuvieron no sé cuánto tiempo esperando y tardaron días en arreglarle la avería. El presidente, con visible embarazo por tener que «descender» a estos problemas que él no había previsto en su discurso, según el cual todo había empezado a funcionar a las mil maravillas, contestó del modo más brillante posible a la cuestión.

En el curso del acto se produjo solamente un incidente en el que, por un momento, se enfrentaron los accionistas con los empleados de la compañía. Asistían a la Junta muchos accionistas que eran a la vez empleados, y ya el señor Barrera de Irimo había dicho que aproximadamente la mitad de los empleados y trabajadores de la empresa poseían acciones. Un accionista de los que hablaron, en tono algo destemplado, criticó al Consejo de Administración por haber aumentado las jubilaciones de los empleados y haber dejado al mismo nivel el dividendo de las acciones. «Todos los beneficios van a los empleados —dijo subiéndolo el tono de voz—. Y así no se va a ninguna parte». Atribuyó la causa de las desgracias que les sucedían a los accionistas a la política salarial de la empresa. Los empleados-accionistas asistentes empezaron a gritar y a silbar desde los anfiteatros y entonces el señor Barrera de Irimo apaciguó, como árbitro, los ánimos y soltó una parrafada llena de lo que se llama profundo sentido social, que remató con esta frase: «Si lo que queremos es aumentar nuestros beneficios como accionistas, no cabe duda de que nuestros empleados pueden ayudarnos un poquito para conseguirlo». Y volviendo a su idea de «servicio» a la sociedad y a España, añadió: «Como accionistas, tenemos el deber de velar por nuestros empleados».

Dicho lo cual, se dio por terminado el turno de preguntas y se aprobaron, con un sí, un poco desvaído y exento de entusiasmo por parte de los accionistas, es cierto, el balance, los presupuestos y todos los demás papeles sometidos a la aprobación del modesto accionariado de la Telefónica. ■ LUIS CARRANDELL.